

# ENTRE LA ESPADA Y LA PARED

Este verano ha publicado la jerarquía católica francesa un comedido documento que titula «Renovación y crecimiento de la Iglesia».

En él aborda, con evidente simplificación, los problemas —todos los problemas— que acucian hoy a los católicos, lo mismo clérigos que religiosos y seglares.

El documento, relativamente sucinto y claro, no ha satisfecho a nadie.

Ni los católicos de avanzada, como son los del conocido grupo «Vie Nouvelle», ni los teólogos renovadores, como el dominico padre Juan Cardonnel, han sido convencidos.

Tampoco han quedado tranquilos los integristas del abbe de Nantes o del abbe Coache, ni aquellos conservadores más moderados, defensores como son de la misa en latín y que están contra los obispos porque no tocan este punto tan extrañamente decisivo para esos conservadores.

Y si vamos al mundo ecuménico ocurre algo semejante. El pastor Hébert Roux, el especialista protestante en el diálogo entre cristianos se pregunta si la moderación eclesial del documento y la reafirmación, demasiado insistente y sin matices, del jerarquismo autoritario pueden llevar a ningún tipo de verdadera y satisfactoria reforma eclesial y eclesialista.

«¿Cómo podría —dice el protestante Roux— la institución jerárquica de Roma ser instrumento eficaz de renovación de la Iglesia sin repensar de modo radical su propio funcionamiento?».

Eso es lo que teólogos católicos, como Küng y Mac Kenzie, están intentando repensar, basándose el primero en los datos que la historia misma de la Iglesia aporta, y el segundo en los estudios que existen hoy del Nuevo Testamento y que están descubriendo muchos especialistas católicos.

Küng pretende —sobre todo en su último libro recién publicado en alemán— encontrar una expresión moderna, actual y adecuada, para reformular y remodelar la acción «directiva» de la Iglesia. Y para ello se basa en las diferentes y muy variadas experiencias históricas del ejercicio de su autoridad, tal como han existido en otros tiempos. Con razón se pregunta algo que expresaría yo así: ¿por qué no puede haber un replanteamiento del funcionamiento eclesial en un siglo en que lo que predomina es la «dinámica de grupos» del psiquiatra Foulkes, la «acción no-directiva» del psicoterapeuta Rogers, el «autogobierno» del pedagogo Makarenko y el método del «counseling» del padre Curran, en vez de la imposición tajante y vertical?

El padre Mac Kenzie, S. J., se pregunta, por su lado, si el ejercicio del poder de mando en la Iglesia no ha sido, en buena parte, una tergiversación de la «potestas» espiritual, que debía ser todo lo contrario de un poder o ejercicio de dominio, porque tendría que haber sido un servicio y una ayuda a la coordinación y marcha positiva de la comunidad espontánea de los creyentes en vez de ese dominio demasiado autoritativo que ha sido muchas veces. Por eso, analizando este jesuita con gran realismo las comunidades que había en los tiempos de los apóstoles, y poco después de ellos, dice: «Por su naturaleza, toda comunidad exige un orden; pero no un género o grado determinado de orden: por eso la Iglesia apostólica no muestra uniformidad en este respecto» (J. L. Mac Kenzie, S. J. *El poder y la sabiduría*, ed. Sal Terrae). La diversa manera de organizar y mandar en aquellas comunidades fue ya un hecho. Y poco más adelante afirma también que «nunca consta que los mismos apóstoles actuaran como obispos monárquicos» (o. c.), contra la práctica de siglos posteriores, y —según él— el propio San Pedro no ocupa en el Nuevo Testamento el puesto que les corresponde hoy a los Papas históricamente, sino otro mucho más modesto.

Todo esto es importante. Más diría yo: decisivo. Pero hace falta que se cumpla, que se tenga la valentía de desprenderse de prejuicios y rutinas que anquilosan y que la jerarquía religiosa se percate definitivamente de ello y lo lleve a realización en el futuro.

La segunda parte de esta crítica ecuménica al documento episcopal francés es aplastante en su propia concisión: «¿No hay —dice Roux— una cierta contradicción en el método, que

consiste en denunciar y excluir como inadmisibles tendencias que son analizadas demasiado superficialmente y que —por otro lado— se reconoce que algunas de ellas "se inspiran en preocupaciones a menudo justas"».

Por eso su conclusión es obvia: «¿Cómo —tras esto— añadir un auténtico diálogo si de antemano se rechaza a los interlocutores?».

Este dilema de la Iglesia de Francia, y de casi toda la Iglesia, la pone entre la espada y la pared. Y de esa incómoda y difícil postura no puede salir ya con el socorrido expediente de «una de cal y otra de arena», que es lo que frecuentemente hace.

Yo mismo puedo alegar un ejemplo español, que me afecta muy de cerca. En una pequeña revista sindical, un religioso publica un artículo haciendo la crítica de mis palabras favorables al obispo de Segovia cuando lo consagraron, no sin un cierto respeto hacia mí, que le agradezco, y —al mismo tiempo— alabando la rigidez del discurso del nuncio en la consagración de este nuevo prelado. Pero no puede hacerse ilusiones el nuncio porque no le convence a este religioso la moderación abstracta, y que él considera demasiado por las nubes, de este rígido discurso. Y le pide por eso, al nuncio y a la jerarquía católica, que concreten y ataquen más claramente el progresismo de los católicos españoles, denunciándolo con pelos y señales y hasta con nombres.

Lo que olvida este religioso es que no suele ser ese el modo eclesialístico de altura, que no se inclina nunca —o casi nunca—, al menos en los más representativos, ni en un sentido ni en otro.

Con lo cual se plantea —y en eso tiene razón este religioso— el más grave problema de nuestro tiempo: ¿a quién se dirigen la casi totalidad de las palabras y documentos eclesialísticos actuales?, ¿qué sujeto los escucha?

Si diéramos un paso más, todavía diríamos —como el padre Juan Cardonnel, O. P., hace poco en *Le Monde*—: «¿A qué cosa son fieles los destinatarios de estas llamadas de atención episcopales?».

A lo que contesta este religioso francés, tan opuesto ideológicamente, sin embargo, al religioso español: a la mayoría silenciosa. Sus palabras textuales son, por demás, expresivas: «Lo que encuentro gravísimo —dice—, por ser contrario al Evangelio de Cristo, es este alinearse los obispos de nuestro país en un estilo próximo al de los jefes de Estado, el de la mayoría silenciosa. Y la situación me parece alarmante, simplemente porque Cristo, del que decimos ser seguidores y que es nuestra única medida, vomita a los tibios. En el *Apocalipsis* le dice reprochándole a las Iglesias, y precisamente en Francia somos una Iglesia cuyos miembros reciben esa advertencia: "Porque no fuisteis ni calientes ni fríos os expulsaré de mi boca"» (Ap. III, 15-16).

Este despiadado análisis es el mismo que se podía hacer, por cualquier hombre religioso inquieto, de la situación existente en muchos lugares de la Iglesia actual. «Los obispos son los detentadores —dice el padre Cardonnel, O. P.— de una clientela aferrada a un catolicismo de formas exteriores, de culto religioso abstracto que no compromete y decididamente hostil a toda búsqueda renovadora».

En cambio, los que tienen vida —por uno u otro extremo, pero sobre todo en el avanzado— son apartados de un manotazo, porque resultan incómodos a la pesada barca que se ha ido volviendo, a través de los siglos, excesivamente pesada y rutinaria y que —por eso mismo— teme cualquier innovación de fondo o cualquier actitud radical.

Lo que ocurre es que los años van pasando y esta barca lleva una tripulación y unos pasajeros cada vez mayores en edad y rutina, porque los demás van abandonándola por el camino, porque no tienen nervios ni paciencia para esperar lo que casi nunca llega.

Y, sin embargo —y a pesar de todo—, mi postura es y ha sido siempre decir que hay que empujar, «oportuna e inoportunamente», como dice San Pablo, a los creyentes para que salgan de su calma cuando la barca quiera seguir al paio.

MIRET MAGDALENA